



El caserío de Montfort Papuri capital de la misión del Vaupés a donde se dirige el M. R. P. Huberto Damoiseaux

Nuestros Misioneros

Calamar, mayo 22 de 1918

Carísimo Padre Mauricio

Después de múltiples y variados inconvenientes, llegamos aquí, anoche, sanos y salvos. Gracias pues a Jesús y a María!. Sólo después de buscar yo mismo patrón y marineros, y de rogarlos mucho, no sin haberme demorado 3 días en Puerto España, pudimos embarcarnos el 16 del presente. La mucha agua del Ariari nos llevó en 3 días a San José, sobre el Guaviare.

Llegados allí el sábado por la tarde, seguimos camino de Calamar el día siguiente a la 1 p. m. después de haber hecho algunos bautizos de blancos y de indígenas.

Gastamos a penas 2½ días de San José a Calamar, apesar de hallarse el

camino en pésimo estado. Es que me había entrado grandísimo afán al saber que mis pobres indios me estaban esperando allá desde el 15, y quería llegar lo más pronto posible para consolarlos y tranquilizarlos, pues, no bien habían llegado, cuando ya querían regresar a sus casas. En esto les hallo la razón: cualquiera demora en Calamar los perjudica; allí siempre les da fiebre.

Puede imaginarse S. R. como estos pobres se pondrían de contentos, al verme llegar, después de esperarme durante seis largos días. De mí sé decir, que no me hallé menos feliz al estar otra vez en medio de estos indígenas que considero como a verdaderos hijos en N. S.

En este puerto fui acogido y atendido por el Sr. Comisario Especial del Vaupés, con el cariño y las buenas atenciones de siempre, por lo cual le quedo bastante agrade-

cido.

Estoy esperando las cargas, con el fin de dejar todo listo esta noche, para mañana embarcarnos sobre el Unilla, que en 3 o 4 días nos llevará al Vaupés.

Si Dios quiere, llegaremos a Montfort Papuri en la segunda mitad de junio.

De aquí pues, un último saludo para S. R. y todos los hermanos y amigos de allá; y ahora, vamos patrón con Dios y la Virgen!

Soy del Reverendo Padre Dir. atto., afmo. hermano en J. p. M.

HUBERTO DAMOISEAUX
s. m. m.

P. S. 24 mayo.—Será siempre cierto que en este Llano y mucho más en la "cauchera" «2 más 3 no son cinco».—Las cargas no llegaron ayer, y así tendremos un día más de de mora y no nos embarcaremos, mañana 25.

Vale Adiós!

H. D.

De entonces en adelante, D. Bernabé repetía mucho: "Después de Dios y María Santísima, a lo que le debo la vida es a la nobleza de este caballito." Y, cuando alguien le proponía que me vendiera, solía declarar que, en atención a ello, nunca se desharía de mí.

Ya pensaba yo que la fortuna había cesado de hacer girar para mí su rueda; pero estaba escrito que mi vida había de ser encadenamiento de aventuras y peripecias.

Como celebraron unos fieles el Viernes Santo

Había llegado la Semana Santa. El jueves se trasladó a la parroquia toda la familia para permanecer allí hasta que se cantase Gloria. A mí se me envió a la estancia, y se dispuso que un muchacho que solía servirle a mi amo, cuidara de la casa en las noches del jueves y el

viernes, y me echara mis piosos, sin perjuicio de que él asistiera a las funciones de aquellos dos días.

El viernes, a eso de las dos de la tarde, turbó el silencio que reinaba en todos aquellos contornos el ruido de unos pasos cautelosos, y no tardé en ver aparecer dos hombres de muy sospechosa catadura que se me acercaron; me tomaron del cabestro y me sacaron de la estancia buscando los senderos menos trillados y más cubiertos por las ramas. Caminaron conmigo obra de una hora, y al cabo de ella llegaron a un sitio rodeado de espesuras, en el que los estaban aguardando otros tres hombres que custodiaban tres caballos y cinco mulas. Se viajó esa tarde y la noche siguiente por veredas y atajos, sin que al principio pudiera yo adivinar hacia dónde nos dirigíamos.

Los cinco hombres se habían acomodado sobre otras tantas cabal-

gaduras, y a mí me había tocado sustentar el peso del que parecía de más cuenta. Íbamos trepando unos cerros, y pude al cabo advertir que nos íbamos encaminando a uno de los pueblos del Oriente de Cundinamarca.

Yo había oído muchas veces que por ese lado acostumbraban los cuatrerros conducir las bestias que robaban, para sacarlas a los Llanos de San Martín, en los que hallaban completa seguridad para sus personas y para los productos de su honrada industria: recordando esta especie y contemplando las fachas de los conductores y su manera expeditiva de viajar, pues iban desembarazados de equipaje, de bastimentos y de cuanto pudiera servirles de estorbo, caí en que aquella gente eran ladrones y en que mis compañeros y yo estábamos destinados a perecer, si no en los Llanos de Casa